SEGUNDA PARTE.

Vamos á reseñar el segundo período, y el más crítico, de la vida de Byron. Fatigaría al lector si hubiera de mencionar, aunque ligeramente, los diversos escritos publicados sobre la historia de este hombre. Forman una Biblioteca. Escritores de todas clases, poetas de todos géneros, psicólogos, analistas, médicos, pintores, políticos, frenólogos, todos cuantos en los secretos de la naturaleza humana, en los sucesos de los primeros dias de nuestro siglo, y por los actores de estos sucesos, se interesáran, han escrito algo sobre el alma del extraño sér que pasó como un torbellino de ideas y que despidió un coro infinito de cánticos inmortales. Entre estos escritos hay uno que siempre hizo fé sobre la vida y el carácter de Byron; el libro de Moore, su confidente, su amigo. Pero Moore escribió cuando aún estaba viva la

saña de Inglaterra contra el poeta que debia darle tanta gloria; y necesitado el biógrafo de aquella sociedad, faltóle independencia para sí y sobráronle miramientos para sus contemporáneos. Y sin embargo, el libro de Moore, reservado, cobarde, es comienzo de una rehabilitacion de Byron.

Aguardábase en estos últimos dias, con grande impaciencia, un libro capital sobre la vida del poeta, un libro-monumento, un libro que debia llenar el siglo de nuevos relámpagos de su grande alma, casi una resurreccion. Imaginaos que Laura escribiera sobre Petrarca. No hay en el mundo literario quien no recuerde la beneficiosa influencia ejercida por una italiana hermosísima en la inspiracion del poeta inglés. Esta beldad, por sólo ofrecer algunos instantes serenos en la vida al génio herido por la duda, se ha levantado en el pensamiento del siglo al coro de las mujeres inmortales. Yo últimamente buscaba con afan su poética sombra por las verdes aguas del Gran canal de Venecia, entre el bosque de sus columnas, entre las grecas de las cresterías de mármol, poniéndola al lado de aquellas inmortales figuras desprendidas de la paleta del Veronés ó del Ticiano; y en el cementerio de Pisa, bajo los cipreses, sobre la tierra traida de Jerusalen, que dá rosas tan bellas como las rosas de Jericó, celebradas por los profetas, entre las grandes ojivas por donde se ven las estátuas de mármol que lloran eternamente sobre las tumbas griegas, los ángeles del Giotto y del Orcagua, que agitan con sus alas todos los misterios de la eternidad, creía oir los suspiros de esa mujer misteriosa, traidos por las brisas del mar toscano, cargadas con las cadencias del Arno y con los versos inmortales de Byron.

Sabido es que la Vallclusa de estos amores no fué una fuente sombreada por los olivos, sino el cementerio solitario donde centellean los terrores del juicio final y se extienden todos los misterios y toda la solemnidad del eterno silencio, interrumpido sólo por el lamento de las campanas que cae de la cercana torre inclinada, ó por el eco de las oraciones y de los cánticos religiosos que se escapan de la Basílica, ó por el rumor de la vegetacion y de los insectos que transforman en nuevas hebras de vida las cenizas de los muertos.

Allí recordaba uno de los libros que más influjo han ejercido sobre mi pensamiento y más sueños de poesía me han inspirado en la niñez, el gran libro de Quinet, el *Ahasverus*. No podia olvidar el cántico en que las mujeres más amantes de la historia rasgan, al rayo de la luna, su blanco sudario, y vienen, almas sin cuerpo, pensamiento sin forma, especie de mariposas espirituales, las alas de luz matizadas por ideas, á rozar la frente del poeta con sus místicas inspiraciones. Allí, en aquel coro, estaba Safo, la que fué á extinguir su sed de amor en las aguas de Léucades con la muerte; allí Eloisa, en cuyo seno comenzó á renacer la naturaleza humana, bajo los cilicios y las cenizas de la Edad Media; allí la mujer inmaculada como el primero inocente amor, la niña misteriosa que lleva ya algo de las vírgenes de Rafael en su frente, la estrella que ha rielado en las olas de hiel de una vida tempestuosa, bella como ninguna y vertida por los resplandores del eterno sol: la Beatrice del Dante.

Entre estas mujeres inmortales contaba Quinet á la condesa de Guiccoli como una de las más bellas formas que ha podido revestir la inspiracion sobre la tierra. Y en efecto,

aquella mujer, que habia encontrado al poeta en la mitad de su camino, cuando la desesperacion le hervía más rugiente en el pecho, cuando la fé se le apaga casi con la vida, y le habia sonreido como sonrie la luna entre las nubes de la tempestad, y le habia calmado con sus lágrimas como la lluvia de férvido oceano, y le había inspirado versos serenos, cuya dulzura entrara en la miel más sabrosa que guarde el Universo espiritual de las artes, y le habia movido á acciones inmortales, como la lucha por la emancipacion de los griegos, cuyo recuerdo entrará entre los heroismos y los sacrificios mayores de la historia; aquella mujer es una de esas sublimes musas que pasan cantando como una bandada de blancas aves místicas sobre los horrores y las tristezas del mundo. Yo creí siempre que la condesa de Guiccoli, despues de haber sonreido á Byron en Venecia, despues de haberle llevado á Ravenna, despues de haber paseado con él melancólicamente á las orillas del Arno, bajo los pinos verdi-negros de Pisa, habia muerto al dia siguiente de la muerte de Byron, sobre la tierra de Grecia. ¿Qué podia hacer ya en el mundo? ¿A qué vivir, cuando jamás volvería á ver en la tierra el ruiseñor misterioso que cantára á su lado, y trasmitiera estos cantos, no al aire vago, cuyos giros los repiten y los disipan en la brevedad de un instante, sino á la gloria, dispensadora de la inmortalidad? No podia yo pensar que la muerte hubiera arrastrado á Byron y perdonado á la condesa. Creí que sus almas se hallaban confundidas hasta el punto de vivir ambas de una misma vida y en un mismo cielo, como esos astros de una constelacion que jamás se ven separados, y que desde el principio de los tiempos se contemplan mútuamente en la inmensidad del espacio con amorosa mirada.

Eloisa no hubiera pasado á la posteridad á haber tenido otro pensamiento que el pensamiento de Abelardo. Para vivir en todos los tiempos ha necesitado morir en el charco de sus lágrimas, sobre las piedras frias del cláustro, viuda inmortal del género. Su corazon vive tanto como la ciencia de su amante, porque el corazon de Eloisa encerró lo infinito por el amor, como encerró lo infinito el pensamiento de Abelardo por la inspiracion y el raciocinio. La violencia y el ódio los separaron; pero ahora sus huesos duermen juntos, confundidos dentro de su sepulcro, en el calor eterno de la llama que los animó durante la vida.

¿Pero qué ha hecho la condesa de Guiccoli? Ha vivido. Y no sólo ha vivido, sino que se ha casado con un marqués rico y senador de Francia, con el marqués de Boissy. Y no sólo se ha casado, sino que, viuda recientemente, ha escrito un libro sobre Byron en dos gruesos volúmenes, inspirados por óptima intencion, pero enojosos como toda difusa apología. He recorrido las mil doscientas páginas de sus dos vólumenes, sin encontrar ni una nueva noticia, ni un rayo de inspiracion. El cielo no ha querido concedérsela á esta marquesa rica, senadora francesa, que cubre de flores de luciente seda el esqueleto de su amante. La condesa faltó á su primer marido por Byron. Esta falta sólo podia tener una excusa: la eternidad de su amor. ¿Cómo ha llevado la condesa Guiccoli su luto eterno? Llamándose la marquesa de Boissy, y muerto su marido, escribiendo un libro voluminoso, inacabable, sobre Byron, libro que es un apolo-

gético monótono y enfadoso, cuando debiera ser la poesía lírica escapándose de un alma enamorada. Yo estoy seguro que otro libro escribiera si en su viudez moral se encierra, si arrastra el luto hasta que Dios la hubiera llamado, si vá á buscar, para tejer una corona al poeta, las bien-olientes violetas del cementerio de Pisa, en vez de buscar las flores de trapo de los salones de Paris, que sólo huelen á perfumería.

Sigamos contemplando la vida de Byron y compadeciéndole hasta por las desgracias que le han sobrevenido más allá de la muerte. Le dejamos en la primera parte, cuando pasaba del colegio de Harrow á la Universidad de Cambridge. Corren los años de 1805, 1806, 1807, 1808. El niño es jóven. Si en la primera edad hubiese sido ménos desgraciado, fuera en la segunda ménos vicioso. La niñez, como la semilla, se pega á la tierra, donde van á brotar las poderosas ramas de la vida; se confunde con el mundo exterior; se penetra del espíritu de la familia; es continuacion de los nueve meses de gestacion, de los dos años de lactancia; y como la leche maternal es su alimento, como la sangre maternal es su jugo, la educacion maternal es su horizonte, es su cielo, es la sangre y el alimento de su alma. Ya en la segunda edad, estas armonías cesan, esta sujecion se rompe; la vida sale, casi siempre desbordada, del hogar paterno, espaciándose fuera de su cáuce como un torrente henchido por el deshielo en la tibia primavera. Los jóvenes suelen ser de oposicion á cuanto les rodea, inquietos, rebeldes, llenos de vida. Las pasiones brotan como las flores, rompiendo la película que las envuelve. La juventud es una grande enfermedad. Sobra el tiempo y se desperdicia.

Se mira al horizonte, se le vé dilatado, infinito; y no se ven las sombras que lo manchan, ni las tempestades que relampaguean por todos sus bordes. A la vida de la familia, se sustituye la amistad; á la tranquilidad, el amor; á la inocencia, las pasiones. Cuando crecemos, cuando adelantamos en la vida, viene la serpiente á echarnos del Paraiso. Se necesita tener una memoria privilegiada para recordar estos dias supremos entre la inocencia y la pasion, este hervor primero de la sangre, esta primera voluptuosidad de la vida, que ha de tener al cabo un dejo tan amargo, si no viene á endulzarla con su miel la virtud. En los primeros años necesitamos una madre. Pero en los segundos, en la época de la juventud, necesitamos una mujer á quien amar castamente para no perdernos. Si esta mujer aparece en el dintel de la vida, todo se vuelve felicidad; y la pasion se manifiesta, como una sávia purísima, en pensamientos vagos, en aspiraciones ideales, en una especie de religion poética, que tiene sus dolores como todas las grandezas del alma, que abrasa, como el fuego, toda la vida, pero que, como el fuego, la pacifica y esparce su calor benéfico por lo infinito. Lady Byron fué madre amante, pero no fué madre tierna, y no proveyó á las primeras necesidades morales de su extraordinario hijo. María, su segundo amor, acaso el más hondo de aquella alma privilegiada, el destinado á sostenerle en sus alas, María lo despreció por un hombre vulgar que no cojeaba. Las tempestades del hogar, las luchas entre los dos séres que lo engendráran, la sangre normanda bullidora é inquieta, las terribles historias de su familia, los desolados castillos donde se criara, las montañas de Escocia heridas

por el rayo y llenas de desacordadas voces de los torrentes y los aludes y las águilas; todo esto debia dar al arrogante Encelado, nacido para las luchas titánicas, una energía demasiado extraordinaria, para que no rompiese los límites señalados á la vida, estrellándose contra el mal.

La universidad de Cambridge era ya un aliciente. La disciplina sufria relajaciones muy grandes. La libertad de la vida degeneraba en licencia de costumbres. Byron tenia caprichos extraordinarios, nacidos del calor de su mente; delirios de esa fiebre moral llamada génio. Vestíase á veces fantástica y bizarramente. A pesar de que, temiendo mucho á la gordura, apénas comía otra cosa que vejetales y carnes, daba cenas babilónicas, en que la imágen de Sardanápalo, despues tan magistralmente evocada por su pluma, se dibujaba en la retina ardiente por los vapores del vino. Llevaba junto á sí formidable oso encadenado, pidiendo que le concedieran la corona de doctor. Tenia una amiga que disfrazaba de jockey, obligándola á seguirle por los paseos públicos. Gozábase en pintar su vida como un torbellino de vicios y su conciencia como un cadáver devorado por la corrupcion. Formaba una especie de asociacion monástica con sus amigos, y bebian en un cráneo montado y cincelado en plata; lo cual ocasionó la infundada creencia vulgar de que bebian en el cráneo de una fantástica querida que imaginaban violentamente muerta. Tiraba á la pistola, cabalgaba como el primero, recorría tres millas del Támesis nadando. Cierto dia se vió su perro favorito atacado de rábia. Cuidólo con espantoso peligro de ser mordido, como si fuera su hermano; y cuando murió, consagróle un epitafio como

si hubiera muerto parte de su corazon. A los diez y ocho años se hallaba arruinado, y las futuras rentas de sus dominios en manos de usureros. A los diez y ocho años habia tenido tres duelos; uno porque le llamaron ateo. A los diez y ocho años habia tenido un hijo natural, recogiendo al par esta primera prenda de su corazon y el último suspiro de su querida. A los diez y ocho años habia ya compuesto un volúmen de versos. Y como tomára posesion de sus tierras patrimoniales, habia citado á sus amigos á orgías donde se presentaba un buey como en los banquetes homéricos, se vertía el vino como en los banquetes asiáticos, se luchaba á los puños y á la espada como en los banquetes romanos, y se concluía por escenas de desórden y de prostitucion. Entre los comensales de estas orgías se encontraban hombres que luego habian de hacer una revolucion política, como la que hizo Rusell con la reforma electoral; y una de esas revoluciones sociales que se elevan á la altura de las mayores obras humanas, como la que hizo Peel abriendo los graneros del mundo por la ley de cereales al pueblo inglés, obligado hasta entónces á comer el mendrugo caido de las mesas de la aristocracia. A pesar de que haya intentado la gazmoñería protestante retratar á Byron como un mónstruo, capaz de todos los vicios y de todos los crímenes, sólo esta época de su vida fué verdaderamente viciosa, y áun examinándola con detenimiento, se descubre ántes el vértigo que el propósito deliberado de obrar mal, y ántes el aturdimiento que la perversidad.

El culto del arte hubiera podido reemplazar con ventaja la educacion descuidada y el amor desgraciado. Una idea

absorbe en tales términos la vida, que no deja espacio al corazon para pervertirse, ni tiempo material á la voluntad para ocuparse en el mal. El placer infinito del trabajo, de la elaboracion lenta de una obra, de las contínuas contemplaciones de esos tipos que vagan en la mente, quita en verdad todo gusto por las bajas voluptuosidades de la materia. No hay ningun goce físico que se parezca al goce espiritual de las grandes creaciones artísticas ó de los grandes pensamientos científicos. Las artes dieron á Miguel Angel, las matemáticas á Newton, la filosofía á Kant, una castidad tan pura que llegó á ser como una mística, sí, como una cenobítica virginidad. Sus amores fueron lo ideal, sus amadas las ideas, sus hijos la estátua de la Noche, la crítica de la Razon, el cálculo de lo Infinito. Byron pertenecía más á la humanidad que estos génios, especie de solitarios del pensamiento, especie de estátuas iluminadas por una idea inmortal; Byron habia nacido para amar y ser amado. Pero indudablemente, la inspiracion, la presencia del ideal, los amores puros por las puras formas de la belleza poética, todas las grandezas que llenaban su alma, eran propias para no dejarle caer en esos amores anónimos, brutales, que pintan dos cuerpos manchados en los goces impuros de un momento, el cual pasa como el vértigo de la embriaguez, para dejar un recuerdo de vergüenza en la mente y un desencanto eterno de toda la vida en el pecho.

Pero hasta en el culto por el arte fué desgraciado. Buscó prematuramente la gloria, y encontró la más acerba censura. Se necesita haber nacido con la vocacion de escritor para comprender la impaciencia con que en la primera edad se

desea ver impresas las propias obras. Y despues de impresas, la inquietud con que se recoge todo juicio, con que se pesan todos los votos. El amor propio abulta el mérito propio de una manera monstruosa. Pero esta inquietud por el juicio ajeno es una prueba de desconfianza, una prueba de que la conciencia se sobrepone en el hombre á toda pasion, áun al amor de sí mismo. Infinitas veces el aplauso concedido fácilmente á las medianías se niega al mérito extraordinario. Toda grande naturaleza tiene algo de incomprensible. Toda grande cualidad tiene algo de sublime. Y lo sublime nos fatiga con un peso incalculable, sobre todo cuando no podemos comprender su grandeza. Cuántas gentes he visto que, despues de haber contemp'ado por largo espacio de tiempo la bóveda de la Capilla Sixtina, portento de Miguel Angel, legion de titanes, de profetas y de sibilas, que han tocado á los límites últimos concedidos á la expresion de las ideas, que han subido hasta las más altas cimas del arte, no han sacado de esta contemplacion otra cosa que un gran dolor en la nuca. Y nada más fácil que maldecir de aquello que no se comprende. Además, hay escuelas literarias, como hay escuelas políticas, que reniegan de todo cuanto no se ajusta á su estética ó su constitucion. El asesinato y la calumnia les parecen armas buenas contra sus enemigos. Sobre todo, aquellos que por espacio de mucho tiempo han monopolizado la fama, no pueden sufrir ninguna competencia, no pueden perdonar al jóven que viene á sucederles. Han formado un símbolo de la fé crítica, han reunido una Iglesia del gusto; excomulgan á los herejes, y ya que no pueden quemarles todo el cuerpo, les queman la sangre.

Byron se presentó con su primer volúmen de poesías delante de estos sanhedrines de la crítica, delante de la célebre *Revista de Edimburgo*. Esta acreditada publicacion echó plomo derretido sobre la cuna del poeta. Jamás fué la crítica tan dura, tan implacable. El jóven autor no llegaba ni á la medianía. Sus ideas ni subian ni bajaban de un mismo nivel, á la manera de un agua estancada. Llamábase menor de edad en son de excusa, y esta minoridad se vé desde el principio hasta el fin de la obra como inseparable compañera de su estilo. Habíale sucedido como á todo el mundo: escribir una larga série de versos detestables entre su salida del Colegio y su salida de la Universidad. Recordábanle que para ser poeta precisa al ménos un poco de sentimiento y otro poco de imaginacion. Las imitaciones de Ossian y Homero no pasaban de ensayos buenos para una clase de retórica, pero indignos de la publicidad. En medio del artículo, se deslizaba su pensamiento capital; que el noble lord no naciera para poeta y debia, por ende, abandonar á mejores ingenios tan peregrino arte.

Lord Byron sintió el golpe en la nerviosa sensibilidad propia de los poetas. El filo de aquella crítica le heló el corazon. Sus lábios brotaron hiel y sangre. En su dolor, revolvióse airado contra su pátria y contra todos los contemporáneos decorados por nombres más ó ménos famosos. Todas las cualidades satánicas de que él mismo se creía dotado con bien poco amor propio, resaltan del fondo oscuro de esta sátira: el cinismo, la ironía, el sarcasmo, la rábia, el rudo rencor y la satisfaccion de la venganza. El cojo inmortal entra, como un Vulcano, con el martillo enrojecido

en el Olimpo de Inglaterra, y no perdona ninguna de las estátuas de sus dioses. Díceles á los unos que son comerciantes avaros y no poetas inspirados; á los otros, que habiendo tomado por héroe de una obra un idiota, despues de haberla leido no se sabe quién es el idiota, si el protagonista ó el autor de la obra; á éstos, que han peleado en formidable duelo con pistolas cargadas de pólvora; á aquellos, que han vestido á Camoens de encajes de Inglaterra; á un noble lord, que sus comidas valen más que sus traducciones; á un célebre historiador, que escribe porque come, y come porque escribe; á los lores, que acuden á reuniones donde, entre coros de eunucos extipendiados, se entregan sus hijas al lascivo baile y ellos al ruinoso juego, prometiéndose todos en estas babeles de vicios, alcanzar el dinero y la mujer de su prójimo. Imagínese qué efecto produciría esta sátira, en una sociedad donde tan escrupulosamente se observa el respeto al pudor y donde tan castos son los lábios y tan puro el lenguaje. Imagínese cómo se revolverían los heridos por aquél génio candente contra las manos que abrasaba sus carnes. Una nube de injurias rodeó al poeta. No contribuyó en poco esta malhadada sátira al ódio implacable con que le persiguieron sus contemporáneos. Lord Byron comenzó por publicarla anónima, y concluyó por ponerle su nombre. Anunció que esperaba en Lóndres cuantas satisfacciones quisieran exigirle. Y como todos se limitaran á murmurar sin retarle, exclamó tristemente: —"Han pasado los tiempos de la caballería."

Entre los más duramente tratados, hallábase su pariente Carliste, que habia sido su tutor. El noble jóven jamás se

arrepintió de este proceder. Al contrario, en una de las ediciones de sus obras se defendía con su inexperiencia de haberle dedicado un libro, y aseguraba que toda la sangre de los Howards no era bastante á hacer un caballero de un villano, un sábio de un tonto. La cáusa de esta inmortal venganza merece ser conocida, porque se relaciona estrechamente con uno de los aspectos bajo los cuales miramos á Byron, con su aspecto de orador, y con uno de los hechos más trascendentales de su vida, con su entrada en la Cámara de los Lores de Inglaterra.

Lord Byron le habia pedido su proteccion y su padrinazgo para ser presentado en la Asamblea. Nada más natural que el deseo de sentarse en aquella grande oligarquía, que por su parecido, especialmente entónces, con el senado romano, y por su influencias en el mundo, habia de acalorar y encender la imaginacion del poeta. En el alma de Lord Byron habia, con esa nostalgia del cielo natural en todos los génios extraordinarios, sed intensísima de la gloria. Y la más grande, la más embriagadora de las glorias humanas indudablemente es la gloria del orador, que sin verter una gota de sangre, sin manchar sus laureles con los funestos trofeos del guerrero, conquista desde la tribuna las almas de sus oyentes y las confunde todas en su alma. No hay espectáculo semejante al del orador, el cual debe ser á un tiempo filósofo, poeta, artista, músico, táctico; sacar del fondo de su alma los tesoros del pensamiento, encerrarlos en formas perfectas, con esa fuerza creadora que, como la palabra de Dios, hace brotar mundos; y por un milagro de su inteligencia y de su voluntad, tender entre tempestades infinitas de

aplausos cadenas invisibles, á las cuales se prenden los corazones como esclavos de aquella mágia, cuyo poder sobrenatural es uno de los misterios más profundos del espíritu. El alma inquieta, activa, de Lord Byron, se imaginaba ya en las visiones de su fantasía triunfando de todos sus enemigos por la mágia de la palabra y sirviendo al género humano por la santidad de las ideas.

Sí: aquel hombre á quien presentaban sus enemigos como indiferente á todos los dolores humanos, como dudando de todas las ideas, despreciador de sus semejantes y enemigo de Dios; dado sólo al culto de su vanidad y al desenfreno de sus vicios, tenia allá en el fondo de su grande alma un altar reservado para la religion de los oprimidos, y la fé siempre viva en el progreso de la humanidad, que es al cabo el cumplimiento de las leyes divinas de la justicia sobre la faz de la tierra. No habia sólo un sentimiento de egoista amor propio en la justa impaciencia de Byron por alcanzar los derechos que en la herencia le tocaban: habia el nobilísimo amor de la humanidad, como lo demostró más tarde empleando su poderosa palabra en favor de los católicos de Irlanda, y exparciendo así las semillas de las instituciones que debian brotar en nuestro tiempo; profeta, como todas las grandes inteligencias, de un nuevo mundo social.

Pero á todos estos nobilímos deseos respondió Lord Carliste con criminal indiferencia. Mal hemos dicho, respondió con vivísimo deseo de contrariar las nobles ambiciones de su sobrino. Extravió los documentos legales para que se retardára su recepcion oficial. Acogió con desden la dedicatoria de unas poesías que, obras de un niño, debian ilustrar,

inmortalizar su nombre, cuando sus obras propias, sus obras de viejo, ya estuvieran olvidadas. Y se negó, por fin, á presentar en la Asamblea aquél grande génio que llevaba escondido en su frente un cielo de poesía. Lord Byron entró acompañado por un lejano pariente, á quien apénas conocía. La alta Cámara se consagraba á sus negocios ordinarios con esa regularidad matemática propia de la vida inglesa. Nadie en aquella aristocrática Asamblea sospechaba que el noble Lord, venido á ocupar unas de sus sillas curules, hubiera de ser en lo porvenir el intérprete del pensamiento de su siglo, el cantor de sus dolores y de sus dudas. Quizá Byron, del fondo de la degradacion en que habia caido, y á pesar del desencanto que las críticas brutales habian engendrado en su alma, prevía con la conciencia de su propio mérito, y con la prevision natural del génio, la corona de laureles oculta bajo su corona de espinas, y la transfiguracion reservada por el porvenir á su génio. Indudablemente, una atmósfera misteriosa debia rodear al jóven, y una aureola centellante resplandecer sobre sus sienes. Era ya entónces uno de esos hombres–símbolos elegidos entre muchos para personificar y representar un siglo. Como nuestro tiempo, debia arrastrar su cuerpo á manera de un reptil, por el suelo, y su alma á manera de una constelacion luminosa, por lo infinito; buscar los goces sensuales, y tener sólo un goce completo en la contemplaccion de las ideas; reirse de las creencias, y morir por la fé; aparentar brutal epicureismo, y merecer ser contado entre los héroes por su vida y entre los mártires por su muerte. Aquella su figura, la bóveda de su cabeza griega, los dilatados espacios de su frente, las arqueadas cejas; la profundidad de aquellos ojos, que ya tomaban el color sereno del cielo, ya la oscuridad del abismo, como un oceano de alterados pensamientos; la línea bellísima de sus lábios cincelados como para vibrar eternos cánticos; su nariz aguileña, su barba partida con una gracia incomparable; el gesto olímpico, la actitud majestuosa, la grandeza templada por su bondad, el génio centellando de cada una de sus facciones; aquél color pálido y mate, semejante al color de un mármol antiguo dorado por el sol y por los siglos; todo su sér, toda su persona debian revelar que Dios no cinceló tan perfecto vaso para que estuviera vacío, sino para llenarlo de inmortales esencias.

Su entrada en la Cámara fué fria y formularia. La sesion era vulgar, los lores pocos, el Canciller recibió el juramento, y declaró la admision como se recitan siempre todas las fórmulas. Yo no he visto el antiguo palacio del Parlamento, pero he visto el nuevo; y puedo asegurar que ha dejado en mi alma una emocion eterna, como la Catedral de Toledo, como el Coliseo de Roma, como el Cementerio de Pisa. A pesar de la escasa originalidad de la arquitetura, y del exceso de los adornos, los altos muros góticos, las formidables torres, la grandeza de las proporciones, el color sombrío aumentado por las bocanadas de humo de las fábricas y las emanaciones nebulosas del Támesis, las áureas aristas en las altas cúpulas semejantes á sombríos cipreses, iluminados por los rayos de un sol misterioso, dejan en el alma una indefinible imágen de grandeza, como expresion sublime de la soberanía de un pueblo, engrandecida por la sancion de los siglos. Las pinturas y las esculturas se distinguen sólo por

sus imperfecciones. Pero los altos arcos y las largas líneas dan ciertamente al espíritu una idea de todas las grandezas. Pero lo que más admira, no es lo que estais viendo, sino lo que estais pensando bajo aquellas bóvedas; la fuerza de las instituciones, la grandeza de las libertades, el progreso que nunca se interrumpe, el prestigio de una raza que ha sabido salvar sus derechos de la universal servidumbre en que todas cayeron en el siglo décimo sexto, cuando se fundó el desolador absolutismo. Yo en este inmenso palacio pensaba el daño inmenso que hicieron á su pátria cuantos alejaron á Byron de aquellos escaños con su ódio irreflexible. Acaso las altas ideas sociales y las progresivas reformas políticas le hubieran separado del abismo, dando alimento á su deseo infinito de amor. Acaso la pasion de la libertad hubiera llenado más positivamente su alma que la pasion de lo ideal. Acaso á las glorias de la poesía hubiera reunido las glorias de la elocuencia. La libertad no es la Bacante que imaginan los reaccionarios del mundo, sino la fiel esposa de austera virtud y de casta fecundidad. Podemos padecer, pelear, morir por ella, seguros de que los siglos por venir recogerán el fruto de todos estos sacrificios. Pero los ódios conjurados contra Byron le forzaron, no solamente á dejar la Cámara, sino la pátria. En su desesperacion, miles de maldiciones brotaron de su alma. Inglaterra lo arrojaba de sí, ignorando que habia de ser una de las primeras estrellas de su cielo.

Aquella separacion de Byron no fué un viaje, fué un destierro. El mismo nos dice que salia de Inglaterra triste como Adan del Paraiso. Cuando vuestra pátria os cree

incompatible con su reposo, con sus instituciones ó con sus creencias, no hay más remedio que abandonarla, aunque abandoneis con ella la mitad de la vida. Por todas partes hay aire, pero no es aquél aire que ha recogido los suspiros del primer amor. Todas las naciones tienen hogares que ofreceros, pero ninguno es el hogar donde habeis recibido la bendicion de vuestra madre. El cielo es grande y se extiende por todo el planeta, pero no es el cielo bajo el cual soñásteis con vuestras esperanzas muertas en flor, y fuísteis feliz con las rientes ilusiones. Toda la tierra puede ocultar vuestro cadáver; pero ¡ay! vuestros huesos estarán más solitarios en la tierra impía que no tenga tambien los huesos de vuestros padres. Morir en tierra extranjera es el mayor de los castigos. No en vano hemos nacido en un país. Tenemos de su suelo un jugo semejante al que recoge de la tierra la raíz del árbol; tenemos de su cielo un beso inmortal en la frente. Nuestro corazon está amasado de aquella arcilla. Nuestras ideas se confunden casi con las palabras que la pátria ha puesto en nuestros lábios. El destierro concluye por convertirse en una enfermedad mortal de corazon. Deseais, anhelais marchar entre gentes con las cuales teneis esa comunidad de orígen, de sangre, de lenguaje, de vida, que constituye el sér de vuestra pátria, dilatacion de vuestro propio sér. Y despues de haber visto las mayores naciones del mundo, las ciudades más célebres, los monumentos más sublimes; despues de haber tratado á los hombres más ilustres; despues de haber asistido á una gran sesion en las Cámaras de París y Lóndres, á una misa en San Pedro de Roma, á una salida del sol en la bahía de Ná-

poles, á una serenata en el gran canal de Venecia, á una excursion por la cima de los Alpes, entre los hielos eternos, al ruido de las cascadas que mugen cayendo en el valle y de los aludes que levantan remolinos de nieve á las alturas, volveis tristemente los ojos allá al lejano país donde tuvísteis la cuna, y resumís todas vuestras ambiciones en ser el último de sus ciudadanos, el más oscuro de sus hijos, por tener hoy entre vuestra familia y vuestros amigos un hogar, y mañana en la tierra de vuestros padres una olvidada sepultura.

El amor, sólo el amor podia haber creado para Byron un nuevo mundo de felicidad y de esperanza. Pero el amor más intenso de su vida, el primer amor verdaderamente grave de su corazon, no encontró la correspondencia que acaso fuera su eterna felicidad. Amar y no ser amado. ¿Concebís mayor tormento? El corazon solitario, sólo engendra serpientes, como el desierto. Nadie se cura de vuestra vida ni se interesa por vuestra suerte. Los más bellos pensamientos caen por su propio peso en el abismo del alma, pues no teneis á quién comunicarlos, y la hieren y la destrozan. Podeis salir cuando querais de vuestra casa sin que nadie os detenga y volver sin que nadie os aguarde. Como la salud es vuestra solamente, la exponeis al primer peligro, la jugais á la primera carta. Como la muerte ha de herir un corazon solitario, la aguardais indiferente. No teneis con quién compartir ni penas ni alegrías. El alma que, partida en dos, se agranda hasta lo infinito, en el egoismo se encoge y seca á la manera de esas frutas caidas verdes del árbol. Cuando las fuertes emociones de un corazon varonil, cuando las rudezas de un carácter que ha peleado mucho, no están por

la sonrísa de una mujer querida templados, toman algo de salvaje, como los campos abandonados del cultivo. Despues de una tempestad, no hay calma; despues de la noche, no hay aurora; despues de la duda, no hay fé; despues del dolor, no hay consuelo. Una vida sin amor es un cielo sin astros. Miss Caworth, abandonando á Byron, acaso le cortó las alas con las cuales se hubiera remontado al cielo, y lo dejó entregado á sus propias pasiones y á la soledad de su pensamiento, entre los torbellinos del mundo. Antes de partirse, quiso verla el poeta. En efecto, tuvo valor para arrostrar la mirada de aquella mujer feliz en otros brazos que no eran los brazos de su primer amante. Pisándose el corazon y las entrañas, penetró en aquella estancia que habia creido destinada á ser el templo de su felicidad. La rubia cabeza se inclinó para saludarle. Las miradas de los dos amantes, separados para siempre, se encontraron en aquél supremo adios. Byron le dijo que su único deseo era la felicidad de su amiga, y que se iba contento viéndola feliz; que sentia un gran dolor, pero que ante todo y sobre todo, sentia una amistad infinita por ella, hasta el punto de ser capaz de amar á su esposo porque la amaba á ella. Cuando veia al hijo de María, que apénas contaba á la sazon dos años, cuando descubría en su fisonomía rasgos de la fisonomía del padre, su corazon se partía de celos en mil pedazos; pero cuando lo observaba y veía los ojos de su madre, lo estrechaba contra su corazon y lo besaba hasta sofocarlo. Por fin, partió. Ya lo veremos en su viaje, despidiendo de su mente una estela de luz y de su corazon un reguero de sangre.

———